

*Tierra encantada. Tratado de Antropología religiosa de América Latina.* / Manuel Marzal. Madrid: Trotta-Fondo Editorial PUCP, 2002, 540 pp.

Empezaré esta reseña poniendo de relieve las características formales del libro y el modo en que ha sido escrito, por ser estos aspectos algunos de los más destacados de esta obra. Al ser leído podemos decir que, sin duda, uno de los criterios fundamentales de redacción y estructuración de *Tierra encantada* ha sido el pedagógico, ya que muestra con una claridad prístina —que habla por sí misma— la naturaleza de los hechos que expone y describe, las teorías fundamentales para entenderlos, así como la metodología empleada para su estudio, sin dejar de presentar los problemas y vacíos por cubrir. Es un libro fundamentalmente concebido para conocer la religión y para entenderla; al menos para comprender los problemas que plantea su estudio, no solo en sus aspectos más teóricos y abstractos, sino especialmente en sus aspectos etnográficos y culturales. Pero por otro lado, como el sentido pedagógico y didáctico en la elaboración de un tratado no están reñidos con la profundidad de análisis y rigor científico en el planteo de las cuestiones de que trata, el libro tiene la virtud de mostrar y describir etnográficamente los hechos religiosos, al mismo tiempo que ofrece explicaciones e interpretaciones de los mismos. Todo ello con la más clara pedagogía expositiva. En consecuencia, una de las virtudes más destacables de *Tierra encantada*, desde el punto de vista formal, es su estructuración y concepción pedagógicas, que se expresan en una permanente y sistemática exposición de las ideas y temas que constituyen su contenido.

Un libro como *Tierra encantada* solo podía ser escrito con los criterios ya señalados. Y es que constituye un verdadero tratado de Antropología de la Religión, con una cobertura de temas casi enciclopédica por la vastedad de hechos, temas, teorías, conceptos y bibliografía que presenta. Tiene dos partes amplias, panorámicas y bien definidas: una sobre el vasto campo de la Antropología de la Religión y otra, más panorámica, sobre el complejo mundo religioso latinoamericano. Según el autor, ambas partes podrían constituir respectivamente un libro por separado; pero su visión de síntesis y de conjunto ha logrado integrarlas. La parte dedicada a la Antropología de la Religión no es solo una presentación de los temas habitualmente incluidos en este subcampo antropológico, sino que es una versión actualizada de los mismos. Se presenta, comenta y critica no solo a los clásicos de la Antropología de la Religión, sino también a los autores más representativos de los últimos tiempos que han aportado nuevas ideas sobre los viejos temas. Luego de delimitar el campo de la

Antropología de la Religión, entendida como disciplina científica, y de analizar el problema de la definición de *religión* —señalando las dimensiones que la constituyen—, Marzal hace un recorrido por temas como los de religión y magia, mito y rito, experiencia y éxtasis. Debe destacarse el particular interés por desarrollar temas que tienen especial actualidad, en tiempos en que se discute el carácter moderno o postmoderno de la época, como son los temas de ética y política; de sincretismo, secularización y eclecticismo; así como de increencia y acreencia. Sin duda, uno de los muchos aportes que Marzal realiza para la Antropología de la Religión es su contribución «Hacia una teoría del sincretismo» (Marzal 2002: 198), tema ya trabajado por él en su libro *El sincretismo iberoamericano* (1985), en el cual analiza los procesos seguidos por tres religiones distintas: la andina, la maya y la afrobahiana. Tomando estos casos, Marzal muestra su importancia cultural e histórica, en cuanto aportan elementos para constituir una novedosa teoría del sincretismo, su naturaleza y procesos. Marzal termina esta primera parte de su libro con un capítulo dedicado a la metodología en la investigación del hecho religioso, señalando sus límites y posibilidades, problemas cruciales en todo estudio objetivo de la religión. Dicho enfoque metodológico está basado y probado en las múltiples investigaciones de campo realizadas a lo largo de su trayectoria como antropólogo el del diseño de la investigación, las razones para realizarla, el planteo de hipótesis, el universo poblacional y las técnicas de investigación, entre otros.

En la segunda parte del libro Marzal nos ofrece un panorama religioso de América Latina realmente exhaustivo y completo —hasta donde puede serlo una obra de síntesis a cargo de un solo autor—. Así, en una perspectiva histórica y etnohistórica, Marzal describe y analiza el proceso de surgimiento y evolución del catolicismo latinoamericano. El proceso de evangelización de las poblaciones indígenas por parte de España se constituyó en la experiencia fundante que transformó sus sistemas religiosos y sentó las bases para que el catolicismo popular se constituyera en una realidad *omnipresente* en medio del diverso y complejo universo de espiritualidades y sistemas religiosos. En una visión más contemporánea de este catolicismo popular dominante en Latinoamérica, el libro nos ofrece, a modo de ejemplo ilustrativo, los casos del catolicismo popular, asociado uno de ellos a la *cultura de la pobreza* en sectores suburbanos de México y el otro, al mundo campesino del Bajo Piura en Perú. A continuación, y desde los datos históricos y etnográficos presentados en el libro, se hace una interpretación del catolicismo popular. Esta, por la naturaleza extremadamente compleja del hecho religioso, tiene que hacerse desde diversas perspectivas. Marzal elige, en primer lugar, la óptica de las ciencias sociales y, luego, la de la teología pastoral, por ser un tema de interés

para la Iglesia. En este aspecto observamos también una importante contribución de Marzal a la Antropología de la Religión, ya que el catolicismo popular —como él mismo dice— «ha sido sin duda más descrito que interpretado» (*id.* 2002: 373). Por otro lado, y en la misma línea de análisis del catolicismo latinoamericano, en *Tierra encantada* se examina uno de los rasgos fundamentales de panorama religioso presentado: su unidad y pluralidad en el marco de la Iglesia latinoamericana. Más allá de las diversas formas de catolicismo, lo que las unifica es su adhesión al mismo depósito de fe, doctrinas, ritos e instituciones que forman parte del Magisterio de la Iglesia, transmitido desde las primeras etapas de la evangelización y plasmado en el actual *mosaico* cultural y religioso latinoamericano. El panorama ofrecido del pluralismo católico presenta configuraciones tan distintas como los católicos populares, los católicos sincréticos, las comunidades eclesiales de base, los movimientos laicales, los católicos carismáticos, los católicos seculares y los nuevos movimientos eclesiales, los mismos que exhiben distintos grados de tendencias sectarias y exclusivistas. De modo especial, el libro dedica algunos capítulos a analizar detenidamente algunos de estos catolicismos. Los tres últimos capítulos están dedicados al universo religioso evangélico y a otras religiones, tanto autóctonas como foráneas. Del mundo evangélico ofrece una visión analítica de su creciente expansión en el continente experimentada en las últimas décadas, precisando que el sentido de lo *evangélico* aquí es el más amplio y que permite incluir a diversas confesiones y cultos de inspiración cristiana no católicas. Analiza el proceso histórico de llegada y de expansión de estas confesiones a Latinoamérica, al mismo tiempo que examina las respuestas que el fenómeno evangélico ha suscitado en la Iglesia Católica, no solo en el ámbito personal sino, también, cultural e institucional. Completa esta visión panorámica de los evangélicos latinoamericanos el análisis y constitución de sus tipologías, los diversos modos de conversión al evangelismo y sus causas, así como sus consecuencias a nivel individual y cultural, en la perspectiva de los análisis ya clásicos de Max Weber acerca del influjo de la religión en la ética, la economía y la política. Termina el libro con una visión de las «otras religiones», campo significativo por incluir una gran variedad de religiones que el autor categoriza en «religiones autóctonas persistentes, las religiones autóctonas nuevas, los cultos autóctonos emergentes que no se han convertido en una religión y las nuevas religiones orientales» (*ib.*: 531).

Quiero ahora referirme al libro *Tierra encantada* desde la perspectiva y trayectoria personal de su autor, señalando aspectos que me parecen fundamentales de tener en cuenta para una adecuada lectura de la obra. Marzal siempre dedica unas líneas a explicar el modo en que, metodológicamente, distingue

entre sus sentimientos y afectos por los hechos religiosos que estudia y los hechos religiosos mismos. En otras palabras, tiene un especial cuidado en señalar y distinguir las actitudes que —como antropólogo y como sacerdote jesuita dedicado al estudio de la religión— tiene frente a los hechos que estudia, y este libro no es la excepción. Para el autor, desde su postura teológica —de la que toma en cuenta temas como la Revelación de Dios y la semilla de Dios en las religiones indígenas—, en hechos como la cristianización del Perú y de Latinoamérica hay que ver la manifestación providencial de Dios, así como la existencia de esa «semilla del Verbo Divino» que permitió, como él dice en su introducción, la difusión histórica y cultural del cristianismo. Sea como haya sido —y debo decir que comparto en muchos aspectos la postura del autor frente a los hechos religiosos—, lo cierto es que la antropología religiosa desarrollada por él nos muestra el lado humano de ese hecho para él trascendente, su rostro indio, el variado y complejo mundo desarrollado a lo largo de nuestra historia. Independientemente de su personal postura religiosa y teológica, los trabajos de Marzal han tenido siempre la virtud de mostrar con gran imparcialidad y objetividad científica los rasgos culturales, sociales e históricos de los hechos religiosos. Manuel Marzal es un antropólogo que sabe, como pocos, mantener un adecuado equilibrio entre las sensibilidades y convicciones del hombre de fe y la necesidad de describir, explicar e interpretar objetiva e imparcialmente los hechos.

En la misma línea del comentario precedente destaco también la noción de religión que orienta todo el libro y que refleja la visión antropológica amplia que el autor tiene de los hechos religiosos. Sin embargo, para tener una exacta lectura del enfoque antropológico del libro, debe considerarse también que en el trasfondo de su definición subyace la noción de especificidad de la religión, es decir, que la religión, además de todo lo que es o pueda ser en lo social, simbólico, racional, etc., es también y fundamentalmente un medio cultural para tener una visión trascendente de la vida, para establecer una relación con el Dios trascendente, con lo Absoluto. En la antropología de Manolo hay ese doble aspecto de considerar la religión no solo en lo que tiene de cultural sino, también, en aquello que la hace un fenómeno único e irreductible, distinguible de cualquier otra función desempeñada por ella en la sociedad. En este aspecto vemos una postura antropológica ante la religión similar a la expuesta por Evans-Pritchard en su estudio de los nuer. Para Evans-Pritchard la religión, más allá de las funciones sociales o culturales que cumple, es «una relación entre el hombre y Dios que trasciende todas las formas» (*id.*: 2002: 83). En todo caso, se puede hablar antropológicamente de la experiencia que se tiene

de ese Dios, pero no del Dios mismo en tanto Misterio trascendente, labor que compete a la Teología.

De la vastedad de temas abordados en *Tierra encantada* quiero referirme brevemente a algunos de ellos que me parecen importantes por estar aún en debate en Ciencias Sociales. Uno de ellos es el referido a los grandes procesos religiosos y culturales latinoamericanos vistos en la perspectiva de aquellos otros procesos religiosos vividos por Occidente en su tránsito histórico por la modernidad. Un aspecto de este tema tiene que ver con el tipo de pluralismo religioso y cultural de nuestro continente, descrito ampliamente en el libro. Si se quiere ver los grandes procesos religiosos latinoamericanos en la perspectiva de lo ocurrido en Occidente, tiene que distinguirse los contextos históricos y sociales de producción de dicho pluralismo religioso. Por ejemplo, hay que distinguir la diversidad producida hoy aquí, de la que se configuró en los Estados Unidos en todo su proceso de ascenso industrial y económico. Si bien en los Estados Unidos, el pluralismo fue correlativo con un creciente proceso de industrialización y de modernización, en Latinoamérica la diversidad religiosa se ha ido configurando en el marco de procesos diferentes. Nuestra diversidad se ha ido configurando en el marco de las grandes migraciones campesinas, en los procesos de urbanización y crecimiento de las ciudades; ha sido correlativa con un proceso de descampesinización rural y de ruralización urbana que no ha tenido precisamente como correlato la modernidad de nuestras sociedades. En suma, la realidad religiosa en Latinoamérica, en gran medida, es resultado de procesos análogos a los de Occidente pero que han seguido cursos diferentes con actores y escenarios también diferentes.

Por otro lado, el ingreso a la modernidad supuso —desde las posturas más racionales de la Ilustración— procesos tan discutidos como la *secularización* de la sociedad, el declive de la religión y, finalmente, su desaparición, es decir, el *desencantamiento* del mundo como consecuencia del influjo de la racionalidad técnica y científica. Ni la religión desapareció ni el mundo se desencantó. La religión no solo persiste en Occidente sino que coexiste con la modernidad. ¿Qué ocurre en Latinoamérica, cuyas sociedades incorporan cada vez más las características culturales, tecnológicas y hasta religiosas del mundo moderno? ¿Qué impacto tiene en las tradiciones religiosas de nuestras sociedades latinoamericanas este proceso de *modernización* que no se ha dado bajo el influjo de la industrialización ni de un desarrollo económico y científico como en Occidente? Así como en Occidente fue decisivo el influjo del protestantismo, con su ética de trabajo y acumulación, para el desarrollo de la moderna sociedad occidental, en Latinoamérica, ¿qué papel desempeñan los diversos modos de evangelismo y protestantismo cuyos rostros y orientaciones nos muestra el

libro que comentamos en los procesos de modernización por los que pasamos en nuestro continente? *Tierra encantada* nos presenta estas y otras cuestiones que deberán seguir siendo debatidas.

Un último aspecto de este comentario se refiere al carácter de la época actual. Finalmente, ¿qué tipo de época es la que estamos viviendo hoy en día en Latinoamérica: modernidad, postmodernidad, consecuencias de la modernidad? Sea cual sea el tipo de época por la que atravesamos, lo cierto es que para nada supone el declive de la religión, sino que, por el contrario, presupone una rica e intensa vida religiosa de nuestros pueblos. Pero supone también otro hecho de suma importancia en nuestro continente: la relativa pero creciente fragmentación religiosa de los campos religiosos latinoamericanos, expresada especialmente en la pérdida de hegemonía de las principales iglesias cristianas —la Católica incluida—, así como su diversificación interna. Algunos autores llaman a estos procesos la «mutación religiosa» de Latinoamérica (Bastian 1997). ¿Latinoamérica se está pentecostalizando? ¿Qué ocurre en las culturas tradicionales por el influjo de estas formas religiosas *emergentes* en los sectores pobres de nuestras sociedades? Creo que hace falta evaluar con más precisión aun que la que se menciona en el libro los alcances reales de estos procesos. Esta tarea supone un esfuerzo, aún en ciernes, por establecer indicadores más precisos para la medición del crecimiento evangélico en el continente americano.

Finalmente, quisiera referirme al tema de las emociones y sentimientos religiosos. Sin duda, los planteamientos fenomenológicos de Rudolph Otto describen bastante bien las características que tiene la experiencia religiosa subjetiva, sobre todo la que es propia de religiones como el cristianismo y que suponen una experiencia de lo sagrado. En efecto, me parece que es válida la fenomenología de la religión en este aspecto para describir y comprender lo que ocurre, por ejemplo, entre los pentecostales y su experiencia del bautismo en el Espíritu, o lo que pasa entre los carismáticos católicos y su júbilo espiritual, así como en tantos otros casos de religiones extáticas. Sin embargo, creo que es necesario ver —además de esta dimensión subjetiva del sentimiento y la emoción religiosos— el marco social y cultural en que se producen. Si bien en el libro se distingue entre el «sentimiento religioso subjetivo» y los «sentimientos peculiares de cada religión», creo que es muy importante conocer estos porque son, en definitiva, los que nos van a permitir establecer de modo más exacto un análisis de la religión en la perspectiva de las sociedades que las viven.

En suma, por todas las razones expuestas, *Tierra encantada* es un libro indispensable para todo aquel estudioso de las religiones que sea capaz de

situarse en un perspectiva analítica amplia e interdisciplinaria del hecho religioso. Es una lectura obligada para todos los que sientan que, de algún modo, la religión ha sido un factor fundamental en la constitución de nuestras sociedades, culturas e identidades; indispensable también para continuar los debates abiertos en torno de nuestra compleja realidad religiosa y cultural.

*José Sánchez P.<sup>1</sup>*

#### REFERENCIAS

BASTIAN, Jean-Pierre

1997 *La mutación religiosa de América Latina*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

MARZAL, Manuel

1983 *La transformación religiosa peruana*. Lima: Fondo Editorial PUCP.

1985 *El sincretismo iberoamericano*. Lima: Fondo Editorial PUCP.

2002 *Tierra encantada. Tratado de Antropología Religiosa de América Latina*. Madrid: Trotta-Fondo Editorial PUCP.

---

<sup>1</sup> Pontificia Universidad Católica del Perú. Departamento de Ciencias Sociales.

